

GENTE VIEJA



ECOS DEL SIGLO PASADO

Número atrasado, 50 céntimos.

Paquete de 25 ejemplares, 2,50 pesetas.

MADRID DE NOCHE

HAY QUE HACER ALGO

En nuestro número anterior publicamos una *Carta abierta* dirigida al Sr. Gobernador civil de Madrid, quien se ha dignado contestarnos con la siguiente, que le agradecemos muy de veras:

“Sres. D. Juan Valero de Tornos, D. Manuel del Palacio, D. Tomás Luceño, D. Vicente Colorado, D. Eduardo Lustonó y D. Juan Alvarez Guerra.

Muy distinguidos señores y amigos míos: Las ocupaciones oficiales del día de ayer no me han consentido hasta hace pocos momentos informarme de la carta que ustedes me dirigen desde las columnas de *GENTE VIEJA*. Acabo de leerla y saborearla; y aunque no soy nada partidario de simultanear el ejercicio de los cargos públicos con la colaboración periodística, la noble iniciativa de ustedes es de aquellas que instantáneamente se apoderan de la simpatía y del corazón de cuantos nos enorgullecemos de tenerlo y *usarlo*, y la pluma acude á mis manos para asociarme á su intento con el alma entera.

Es desgraciadamente cierto cuanto ustedes dicen. El espectáculo que en Madrid ofrece la infancia, miserable y desvalida, que por esas calles pulula y postula á todas las horas del día y de la noche, y muy especialmente á las horas de la madrugada, es de los que á un tiempo mismo conmueven y sonrojan.

No obstante mis diarias ocupaciones y preocupaciones de carácter normal, considerablemente aumentadas, como ustedes no ignoran, por el cúmulo de sucesos extraordinarios que sobre mí han llovido en este primer mes de mi gestión gubernativa, el problema que ustedes plantean me preocupó desde los primeros instantes, y con el sabio médico y publicista ilustre Tolosa Latour, que también lo conoce, tengo hace días convenida una conferencia, que á buscar medios para resolverlo habrá de consagrarse.

Las órdenes que ustedes desean para los delegados de mi autoridad, complaciéndome en complacerles, están ya dadas. A cada uno de ustedes enviaré mañana mismo un nombramiento, ó mejor una orden, para que á las suyas se pongan los agentes á quienes ustedes requieran para la protección de los infelices niños sin hogar y sin familia. Pero esto no basta: hay que hacer más; y para que convengamos lo que haya de hacerse, vengan á verme cuando quieran y juntos buscaremos la forma y el modo de interesar á este noble pueblo de Madrid, que por su corazón generoso ha sabido siempre justificar su primacía, para que nos otorgue el material concurso que necesitamos.

Los nombres de ustedes y la representación literaria que en ellos reside constituyen por sí solos una gran fuerza: la del entendimiento. A su servicio estoy yo dispuesto á poner, y pongo desde ahora, toda mi voluntad, y soy de los que creen que la *voluntad* y el *entendimiento* juntos lo pueden todo.

Queda de ustedes devoto amigo y sincero admirador, q. l. b. l. m., JOSÉ SÁNCHEZ GUERRA.”

**

A la modestísima carta que desde las columnas de *GENTE VIEJA* dirigimos al eximio periodista y celoso Gobernador civil de Madrid, D. José Sánchez Guerra, esta autoridad, que ha demostrado muchas veces que es de los que tienen y *usan* el corazón, nos ha contestado hermosísima epístola, que prueba su galantería con nosotros y sus excelentes deseos en cuanto pueda referirse á la creación de un Comité protector de la infancia abandonada.

Invitados por el Gobernador de Madrid, hemos tenido el gusto de visitarle y de cambiar impresiones sobre el pensamiento, buscando la mejor forma de llevar á la práctica un buen deseo. Supongamos en parte realizado el nuestro; ya hemos encontrado muchos niños abandonados que tienen por hogar la calle; ya hemos encontrado otros que sirven de herramienta del oficio á los profesionales en pedir limosna. ¿Qué hacemos con estos niños? ¿Los socorremos una noche ó dos, y vuelven á los tres días á vivir al arroyo?

Hay que arbitrar el medio de que, haciendo una cosa parecida á la que hicieron hace muchos años *Los amigos de los pobres*, se cree en cada barrio una especie de Asilo-escuela, muy modesto al principio, donde los niños abandonados encuentren abrigo, instrucción y forma de aprender un oficio. ¿No habrá entre todos los propietarios de Madrid uno en cada barrio que ceda, si no una casa, un piso que pueda servir para iniciar esta obra de caridad?

El dueño de la finca que, siéndolo de muchas, quisiera realizar este beneficio, debía poner su decisión en conocimiento del Sr. Gobernador civil. Y esta, aunque pequeña, ya es una idea.

Pero no basta; se necesita constituir una junta de muy pocas personas, hablar con la Sociedad protectora de la infancia, estudiar los Asilos de la Cuna de Jesús, anuar todos los elementos que ya existen en la misma dirección, y, como siempre que hay que hacer caridad, contar con las mujeres y con los artistas. Dirigirse á las señoras, á la Infanta Isabel, genuinamente madrileña y protectora de toda buena obra, á las Marquesas de Squilache, Laguna, Ivanrey y otras muchas; solicitar de Fernando Mendoza y María Guerrero un beneficio en el Español, organizado también por las señoras; procurar beneficios en todos los demás teatros, y, sobre todo, suplicar á todos los periódicos, y principalmente á los de circulación, que estudien este asunto y que propongan cuanto seguramente ha de ocurrírseles mejor que á nosotros para su inmediato planteamiento y desarrollo. Y todo esto en quince días, sin expedientes, sin nombrar empleados que cobren sueldo—todo el que trabaje ha de hacerlo gratis,—y como primer paso nombrar un Gerente que maneje los fondos que se recauden, porque nosotros—y la prueba está en las grandes fortunas que hemos hecho—somos unos administradores detestables, y estamos decididos á no intervenir en la recaudación ni de 50 céntimos.

Claro es que no pretendemos haber descubierto un continente, ni siquiera haber pensado nada nuevo, y que los verdaderos autores de esta obra, si llega á realizarse, no seremos nosotros, sino el Gobernador de Madrid, la Prensa y las personas, no que nos ayuden, porque esto sería suponer que habíamos trabajado algo, sino que realicen lo que yo hemos hecho más que *atisbar*.

Alguno de nosotros lo ha dicho ya en otra ocasión: pretender que porque *GENTE VIEJA* ha condensado lanzándola al público, la idea que estaba

en todos los corazones, era la autora de la obra, valdría tanto como querer que, porque San Pedro fué pescador, se le pidieran sardinas á León XIII.

Juan Valero de Tornos.—Manuel del Palacio.—Tomás Luceño.—Vicente Colorado.—Eduardo de Lustonó.—Juan Alvarez Guerra.—Leandro Tomás Pastor.

**

Tomamos de *El Evangelio*, y agradecemos mucho á este colega y á D. Ignacio de Santillán, las benévolas y cariñosas frases que nos dedican en el notabilísimo artículo que reproducimos:

NO MAS «GOLFOS»

.....
Llévame esto, como por la mano, á recordar un caso, digno del mayor encomio, realizado estos días por unos viejos literatos que tienen el corazón de chicos.

Juan Valero de Tornos, Manuel del Palacio, Tomás Luceño, Vicente Colorado, Eduardo de Lustonó y Juan Alvarez Guerra han dirigido una carta al gobernador de la provincia solicitando protección para los pobres niños abandonados, para los infelices gorriones que picotean en el fango ayunos de todo calor y cariño, y el Sr. Sánchez Guerra se ha apresurado á contestar, agradeciendo el recordatorio, y ofreciéndose á los caritativos escritores.

No recuerdo que los periódicos, que se copian unos á otros cuando se trata de las declaraciones de cualquier *Furcio* conservador ó fusionista, hayan dicho una palabra de las cartas insertas en el *Diario Universal*, y, sin embargo, la cosa tiene importancia bastante para que los rotativos concedieran á su estudio algún mayor cuidado. El número de *golfos* ha aumentado en poco tiempo visiblemente; la criminalidad, según los datos últimamente publicados por el ministerio fiscal ha crecido también de un modo alarmante; y esta coincidencia no puede pasar desapercibida, ni de ella pueden desentenderse los gobernantes sin abdicar de su misión social y de sus funciones tutelares.

Del *golfo* se ha hecho una leyenda; se le ha idealizado en sainetes y periódicos; el señorito estúpido le ha reído las gracias; el pueblo le ha tomado los chistes y desplantes; las autoridades han consentido su vagar; nadie se ha preocupado de su educación: todos han fomentado *el tipo*.

Esos niños desgraciados, que forman el hampa madrileña, llegarán á hombres sin otro aprendizaje de la vida que la experiencia del merodeo que su instinto de bestezuela les inspiró, y cuando inútiles para todo trabajo les empuje al crimen la necesidad sin entrañas, y el crimen les conduzca al presidio, tendrán razón para escupir en la frente de la sociedad hipócrita, que los cultivó en el fango, la más justa de las maldiciones.

Loable es la iniciativa de los literatos ya citados; pero si todo ha de reducirse á poblar unos cuantos asilos con los golfos que en unos días se recojan, más vale dejar las cosas como están.

El mal hay que atacarlo de raíz. ¿Cómo? Dando trabajo, enseñando *forzosamente* un oficio por cuenta del Estado, de la Provincia, del Municipio ó de las Asociaciones dedicadas á la educación y á la caridad, á cuantos menores de *quince años* se encuentren vagabundos por las calles; castigando con todo el rigor de la ley, *inexorable*, hasta *cruelmente*, á los padres de los niños abandonados ó explotados, y..... reformando el Código penal en

forma que sea posible meter en la cárcel á todo señorito que ría las gracias á los golfos, á todo caballero que los utilice para recados y comisiones nada morales ni edificantes, y á todo autor cómico, poeta, actor ó periodista que los ensalce, copie ó presente al público en alguna forma.

Ya en otra ocasión — ahora precisamente hace un año — se ocupó *El Evangelio* de esto mismo, proponiendo la creación de *Talleres-escuelas* y *Colonias agrícolas* y recomendando que se fundase una Institución protectora, al estilo de las que funcionan en Bélgica y en Inglaterra; pero aquello fué predicar en desierto. Si esto sigue y los maestros Valero de Tornos, Palacio, etc., no se cansan de su humanitaria campaña, volveremos á machacar en lo nuestro, que no por serlo, sino por estar ya experimentado, nos parece lo mejor y lo más factible.

Nada de filantropías á la antigua usanza; al golfo no se le redime con estériles caridades. Se le redime, únicamente, matando su leyenda y obligándole al trabajo.

IGNACIO DE SANTILLÁN.

Á MI HIJO ¹.

Cuando en el lecho del dolor postrado con amante insistencia me pedías besos, y con los besos poesías que calmasen tu espíritu turbado, yo, triste, dolorido, acongojado, buscaba en mis gastadas energías cantos y acentos que en mejores días brotaban del cerebro caldeado.

Pero ¡inútil afán! ¡tarea vana! al borde del sepulcro no ilumina el fulgor de la musa castellana; cuando la muerte sorda se avecina, calla la pobre inspiración humana y busca el alma inspiración divina.

CARMELO CALVO.

LA DECENA DRAMÁTICA

Vivimos una época de egoísmo y de particularidades de clase que llega, no á la injusticia, sino á la ridiculez.

Cada agrupación quiere que el resto del universo se ponga á su servicio, y entiende que no hay más intereses respetables que los suyos.

Lo que á propósito del teatro de ESLAVA se ha pretendido hacer, constituye una injusticia y una vulneración del derecho.

Las sociedades de resistencia se sustituyen á los Tribunales, *tiran* por el suelo todo el Derecho civil del país, demandan, providencian, condenan y embargan, cuando no presentan interdictos de *pedrea*. Kant perdió el tiempo lastimosamente enseñándonos que la libertad de cada uno no debe llegar más que hasta donde no ataque la libertad de los demás.

Hoy las cosas han variado, y la Sociedad de Actores Españoles tiene el derecho de dirigir un *Ukase* al antiguo empresario de ESLAVA y al propio edificio, y no sé si á todos los vecinos de las calles Mayor y del Arenal.

La Sociedad de Autores, por un lado, cuando dice, por ejemplo, á un modesto empresario:

—¿Cuántas veces va usted á poner en Arnedillo tal obra?

—Señor, una ó dos....

—¡Ca! Si no paga usted diez noches, no le autorizamos para que la ponga.

De otro, la Sociedad de Actores.

Y de otro la *Sociedad de Bombos*, van poniendo lo que se llama negocios de teatros completamente fuera del derecho común; y es que una de las cosas que distinguen al intelectualismo refinado se fundamenta en su decidida orientación en dirección de las pesetas.

La gloria era inmaterial; los autores y los actores que fueron amigos de Barrutia eran unos románticos, precisamente por esto, porque *sabían poco*; hoy el ápice del humano conocimiento consiste en sacar en metálico la mayor parte de interés posible al capital entendimiento é inspiración.

Y esto no es censurable; es perfectamente legítimo. Los que acaparan el teatro, como Rothschild ha acaparado el cobre y el azogue, tienen un perfecto derecho á hacer subir y bajar los precios.

No me extrañará que la Sociedad de Autores, en lugar de publicar un Boletín, dé á luz una cotización oficial de los valores teatrales en el Bolsín del Salón del Prado, en la que se diga, por ejemplo: "Aseguradas las 125 representaciones de la pieza traducida del francés por los distinguidos autores dramáticos D. Fulano y D. Zutano, ayer subió 10 enteros este papel, que el mercado recoge inmediatamente apenas se inician algunas ventas"; ó noticias financieras como esta: "Puestos de acuerdo veinte músicos y veinte libretistas de los más conocidos, han compuesto una preciosa zarzuela de género chico, en un acto y cinco cuadros, de la que, cualquiera que sea el éxito, se proponen que se den en un año, en España, 2.500 representaciones. El procedimiento es sencillísimo: la Sociedad de Autores, á cuya manipulación pertenecen la mayor parte de los creadores de la nueva obra, no autorizará en ningún teatro la representación de su repertorio y de su Archivo sin que cada uno asegure: cien representaciones de la nueva producción en las capitales; de cincuenta á veinticinco, como *minimum*, en las cabezas de partido, y de veinticinco á diez, también común *minimum*, en todos los demás teatros de España. Con razón califican los bolsistas dramáticos de muy notable esta combinación financiero-teatral."

Y dejando estas cuestiones, diré á ustedes que la decena dramática ha ofrecido pocas novedades. El Sr. Danvila, que ya había demostrado que es un pensador y un escritor, con el título de *Nina la loca* ha hecho una comedia que demuestra que tiene condiciones de autor dramático, que es una esperanza, y, al mismo tiempo, que su creación no es un acierto. En lugar de *Nina la loca*, debía la obra titularse *Eduardo el Tonto*.

UNO QUE FUÉ AMIGO DE BARRUTIA.

PINCELADAS

No juzgues inquebrantable tu desdén altivo y fiero; todo es cuestión de medida, todo se reduce á peso.

Acuérdate, niña hermosa, que ya lo dijo un proverbio: "¡Que ante martillos de plata se abren las puertas de hierro!"

Tiene mucho parecido el avaro con el perro que al asador le da vueltas: ambos sudan en provecho de los otros; ambos sirven los apetitos ajenos....

¡Y déense por muy dichosos si les echan algún hueso!

Juguetes de la fortuna toda la vida seremos; que á los *fantoques* humanos presta el azar movimiento.

No depende el ser felices de nuestro propio deseo, mas sí pende de nosotros la gloria de merecerlo.

¡Hombre, ayer con tal soberbia y hoy tan amable y tan bueno!....

¡Convertirse el fiero lobo en mansísimo cordero!....

Y no hay cosa más sencilla.

¡Metióse amor en su pecho y de él arrojó al orgullo, pues los dos no caben dentro!

Así como entre las ascuas y en contacto con el fuego

sus recónditos perfumes descubre pronto el incienso, así también ciertas almas ante un amor verdadero revelan muchas virtudes que dormían en su seno.

No han de faltar de la tierra, serán siempre duraderos esos terribles embates de jóvenes contra viejos.

"¡Húndete pronto en la fosa! ¡Vamos deprisita, abuelo, que en cuanto llegue aquel día ya te vengarán tus nietos!"

MARCOS ZAPATA.

HERNANI

Así le llamábamos los íntimos. Horrible y cruel enfermedad hizo se le llevara al Sanatorio del Pilar. Los elementos de que éste dispone; lo esmerado de su asistencia; el *comfort* de su estancia; la salubridad del alto de la Guindalera que ocupa, y más que todo la ciencia de su Director y propietario, el eminente profesor Sr. Sánchez Herrero, eran las únicas garantías con que familia y amigos contábamos al intentar cruenta operación. Todo fué inútil. Supe su muerte, y en tarde no lejana llegué á la verja del Sanatorio. ¡Allí estaba mi pobre amigo! Conocía el lugar donde se encontraba. Entré en él. Cuatro cirios, á punto de extinguirse en las arandelas de hojalata, chisporroteaban entre el mal oliente pábilo; ancho ventanal abierto al Norte alumbraba el cuadro; blancas paredes ciegan la estancia, y negra bayeta, salpicada de gotas de cera, cubre el suelo. Sobre aquélla descansan los restos de mi buen amigo. Pardo sayal cubre su cuerpo, dejando al descubierto la burda capucha franciscana las varoniles facciones del muerto. A su cabecera se alza un símbolo mudo; á sus pies yo, que rezaba.

El cierzo helado que entraba por el ventanal apagó el último rescoldo del pábilo, quedando alumbrada la estancia por la débil luz de aquella tarde invernal. Todo daba frío, y sin embargo sentí el calor de la fiebre al choque de los recuerdos que atropelladamente subían á mi cerebro. Sin darme cuenta surgió con tal fuerza el pasado, que poco á poco fué borrándose el burdo sayal, recubriendo mi imaginación aquel cuerpo muerto con las galas de otro tiempo. Desandé de su camino muchos años, llegando á ducal palacio. En sus salones se celebraba la fiesta más suntuosa de cuantas presencié la segunda mitad del último siglo. Toda la grandeza del saber, de la sangre y del dinero estaba allí congregada. Cada nuevo personaje que llegaba producía un murmullo de admiración.

Se celebraba un baile de trajes. Las diosas y las hadas más hermosas de la Mitología griega, y las más fastuosas soberanas del Asia, revivían en aquella memorable noche. Belkis, la Reina de Saba, la protagonista de las leyendas arábicas, encarnaba en la majestad de otra reina. Entre los hombres llamaba la atención un joven, trasunto fiel del personaje que soñara Víctor Hugo al escribir su *Hernani*. Veinte años contaba aquél. Alto, rubio, delgado, flexible, de varonil belleza, de incipiente bigote, de altivo continente, erguida la frente, entornados los ojos soñadores y desdeñosa la sonrisa. Colgaba de su enguantada diestra amplio fieltro de rizada pluma, descansando su izquierda en los cincelados gavilanes de su espada. Coletos y mangas de terciopelo, ancha correa con brillante hebilla, cortos gregüescos sin botones, á la sevillana, ceñidas calzas, botas de vuelta, arrugada caña y recortada escarapela á la francesa, completaban su indumentaria.

Este era el hombre; éste el Hernani que surgía ante el conjuro de mis recuerdos.

Una voz amiga me volvió á la realidad, desapareciendo ante ella las galas de una noche, mostrándose nuevamente la que no tiene fin en aquel rígido cuerpo, que sin palpitación alguna dormía el sueño eterno, sin lograr darle calor la tosca urdimbre del hábito franciscano.

¹ En el número anterior publicamos un trabajo titulado *Otra vida*, y por un error de imprenta apareció con la firma de D. Carlos Calvo, siendo su verdadero autor el inspirado poeta D. Carmelo Calvo.—N. de la R.

¡Pobre querido Hernani! ¡Cuán distinto hubiera sido su entierro de haber fallecido á los pocos días del en que se celebró el memorable baile! Ayer, coches blasonados tirados por caballos de raza, encristalada estufa de ébano, coronas, cirios, lacayos, cruz alzada, mangas y curas, cortejo sin fin y y responsos sin término. Hoy, aparte de la familia, del Director y algunos Redactores de GENTE VIEJA, ni uno, ni uno solo de cuantos participaron de sus millones.

Detrás del féretro, ya en el cementerio, caminaba yo al lado de un sepulturero. El sitio que había de ocupar el nuevo huésped en la inmensa Necrópolis estaba lejos, el piso embarrado y la marcha lenta.

—¿Sabe usted cuántos enterramientos se llevan hechos en este cementerio?—le dije á mi guía.

—Pues ya lo creo, señor. Con los que se hagan esta tarde, seguramente llegarán, si es que no pasan, á doscientos setenta mil, amén de todos los restos que guardan esos pozos que tiene usted á su izquierda. Por sus bocas se vacían todas las noches los despojos humanos que mandan las salas de disección. ¡Al pobre no se le entierra, se le vierte!

Enmudeció el enterrador, no sé si pensando en que algún día podrían ir los pedazos de su cuerpo á aquellos agujeros, y yo me detuve un momento ante una churrigueresca sepultura, recargada con todas las baratijas de las fúnebres industrias. La palabra grabada sobre la lápida hacía saber que allí descansaba un señor tres veces excelentísimo, cuatro ilustrísimo y quince cruzado. En el centro de una gran corona de abalorios, que colgaba de la verja, se destacaba el retrato del difunto. Su estampa no desmentía su sepultura. Gorda cadena colgaba de su chaleco, estirado dedo mostraba colosal brillante, y tallados pedruscos cerraban su pechera.

A mi izquierda quedaban todos los horrores de la tragedia del *Spoliarium*; á mi derecha el grotesco sainete de las vanidades humanas; y á mi frente, despacio, muy despacio y pausadamente, marchaba el triste convoy, epílogo de una vida altamente dramática.

Los últimos rayos del sol poniente resbalaban sobre el mármol de las tumbas cuando terminó nuestra piadosa misión.

Precipitadamente busqué la puerta de salida, hice la ceremoniosa cortesía á deudos y parientes, encendí un cigarro, y solo y triste me metí en el coche. Al llegar á la altura que domina toda la extensión del lugar sagrado, volví la cabeza. Los blancos mármoles, alumbrados por los últimos destellos del día, semejaban un inmenso campamento. Allí, bajo aquellas tiendas de piedra, quedaba mi pobre amigo, rodeado de los doscientos setenta mil combatientes que lucharon en vida.

¡Qué largo se me hizo el camino de la ciudad de los muertos á la ciudad de los vivos!

A las siete llegué al Suizo. Allí se recordaron varias anécdotas referentes al muerto. Una de ellas—de la que se ocuparon vagamente los cronistas de la época en que acaeció—se desarrolló en un elegante hotel de los nuevos barrios. Mi amigo, no sólo vistió el traje de Hernani, sino que representó á lo vivo una de las escenas de la obra inmortal de Víctor Hugo.

La una la hacía pasar el dramaturgo francés en Zaragoza, en la estancia de la bellísima Doña Sol de Silva; la otra la presencié en Madrid otra bellísima dama. El Hernani del drama tropezó con un rival tan poderoso como caballero; el Hernani de la realidad dió con otro que no lo era menos.

J. ALVAREZ GUERRA

TARJETAS POSTALES

Para mostrar de su poder las huellas
sin importuno tul,
Dios les dió por morada á las estrellas
del cielo el manto azul.
Por eso, de mi vida en la jornada
como nunca te vi,
fijo, estrella, en el cielo la mirada
soñando verte allí.

La mujer á los veinte
fruta es temprana;
al cumplir los cuarenta
fruta es pasada;
y á los sesenta,
aunque también es fruta,
ya es fruta seca.

Ya que de mi cariño ganó la palma
el preciado tesoro de tu bondad,
quisiera, para darte ventura y calma,
como en esta tarjeta grabar en tu alma
una sola palabra: *felicidad*.

Aunque escucho con encanto
al ruiñeñor, te aseguro
que mucho más que su canto
me encanta el canto de un duro.

Ese perro, que al ladrar
causa á esa niña placer,
te pretende demostrar
que todo el que hace llorar
logra hacerse de querer.

Por eso un consejo ahora
en darte, Carmen, me aferro:
si un hombre tu amor implora,
ponle una cara de perro
y verás cómo te adora.

Como el paisaje aquí lo ocupa todo,
de escribirte unos versos no hallo modo;
y necesariamente
me tengo que escapar por la tangente.

Me mandas esta tarjeta,
y á mí no me cabe duda,
pues sé que eres muy discreta,
que no viste lo desnuda
que aparece esa *sujeta*.

Vuelva, pues, á tu poder
esta postal viento en popa;
porque esa pobre mujer,
más que versos, á mi ver,
lo que está pidiendo es ropa.

CARLOS CANO.

Banquetes de GENTE VIEJA ¹

Et in Arcadia ego?

Hace ya tres años que periódicamente vienen reuniéndose en el café Inglés muchos de los más ilustres literatos de nuestra capital, con la única excepción del que esto escribe, y que de esas reuniones guarda un recuerdo en sus columnas la prensa política. En espíritu asisten, si no corporalmente, autores de provincias, y lo mismo los políticos militantes que los que abominan de la política; los que pudieran firmar como otro poeta "Un adiós á la lira", como los que hoy de rato en rato la pulsán; prescindiendo, por supuesto, de la política y descansando de la literatura, conversan de sus tiempos y de sus aventuras, en tan agradable coloquio como todos los que establecerse suelen por ilustradas personas, que sólo se acuerdan de que lo son para dar á sus conversaciones el tono de cultura que les corresponde.

Allí el antiguo político sin miras interesadas y sin pretensiones de volver á serlo, Llano y Persi, se nos manifiesta poeta cuando no le conocíamos sino como hombre de partido; Eusebio Blasco, recientemente arrebatado á la parca, según diría un escritor romántico, espíritu eminentemente nacional, luce mucho de lo que sabe de cosas extranjeras, y Manuel del Palacio desentierra su bella colección de sonetos, que admiran los que los escuchan, como los contemporáneos del renacimiento del siglo XVI admiraban las recién desenterradas estatuas griegas. De tiempos que fueron y conoce, porque algo en ellos intervino, habla Esteban Collantes, "senator, non senex," grave cuando quiere, como castellano viejo, ingenioso como francés de los

mejores tiempos. Valero de Tornos, poseedor de un microscopio para observaciones minuciosas en lo literario y en lo político — ya lo sabíamos cuando estudiantes, — aunque desde entonces se ha perfeccionado mucho el aparato, se contrapone á Pirala, de cuya cartera histórica tantas cosas buenas han salido ya y aun en mayor número quizá se conservan. Marcos Zapata, hoy intervenido por la Hacienda pública y la Administración más que interventor de ellas, siempre joven, porque ha encontrado en la poesía la fuente de eterna juventud, donde únicamente existe. Morayta, otro joven perpetuo, aunque maestro de muchos que ya no lo son, aparece poco en aquellas reuniones, pero por lo mismo jamás pasa inadvertido. Aguilera dejaba allí con gusto su vara de Alcalde, que debe pesar mucho, cuando con tanta satisfacción se deja por un mero solaz entre amigos, pensando quizá en que la mesa, adorno para los literatos, por bien servida que esté, vale menos que una sencilla colación en Santa Cristina. López Puigcerver, cuyo mérito conocimos desde las aulas, acude allí sin duda, aunque pocas veces, dejando á la puerta los cuidados políticos pasados y actuales para echar al aire alguna de las muchas canas que de los negocios políticos nacen, y no hay preparación farmacéutica bastante bien formulada para que desaparezcan ni se disimulen. Capdepón viene á mostrarnos que se pueden alinear tan bien los versos de un soneto como la guardia de alabarderos en una ceremonia de palacio.

Decían los antiguos que para ser agradable un banquete debía reunir por lo menos tantos comensales como las Gracias y no más que el número de las Musas; los de GENTE VIEJA, que son siempre más de tres y de nueve, han probado que podrá ser muy clásico, pero que no es verdad aquel proverbio.

Alguna vez se ha oído, y esto bastaba para probar lo que decimos, la fogosa elocuencia de Canalejas, que harto de llevar el tridente como Neptuno para apaciguar las olas de las multitudes, toma de cuando en cuando el caduceo de Mercurio, tratando de aunar voluntades y manejándolo tan bien como aquel instrumento.

Algunos muy ilustres literatos figuran en la lista de colaboradores de GENTE VIEJA y no en los banquetes, pero no por eso los olvidamos; también las imágenes de Bruto y Cassio faltaron en una célebre pompa romana, y los espectadores las veían dirigiendo á los célebres demagogos la mirada del espíritu.

Una vez nos deleitamos con las enérgicas frases de Núñez de Arce, á quien puede llamarse el escultor del verso. En Miguel Angel se veía de cuando en cuando al poeta y siempre al escultor; en Núñez de Arce no acertamos á distinguir bien los caracteres de ambos artistas; la pintura le parece poco si ha de caracterizar bien á sus personajes; él les da vida, movimiento y actitudes, y lo mismo nos hace ver al fraile ambicioso en su celda, que al pescador náufrago entre las olas, y sus versos parécenos tranquilos, aunque terribles, como el mar, si envuelven la figura de aquél, y tumultuosos como las olas que rompen en la playa, si describe las grandes tragedias de los pequeños.

No han sido inútiles las reuniones de GENTE VIEJA: como trabaja en pleno y en secciones, reunidos há pocos días los Sres. Alvarez Guerra, Manuel del Palacio, Valero de Tornos, Leandro Tomás Pastor, Luceño, Colorado y Lustonó, han iniciado una campaña de protección á los niños pobres, que si es por los que pudieran y debieran hacerlo secundada, remediará un mal sentido hoy en España como en el siglo XVI, desenmascarando á los falsos pobres que se sirven, como de una herramienta del oficio, de la inocencia y debilidad de los pequeñuelo.

Bremón y Cano olvidan por un momento en nuestros banquetes los triunfos obtenidos en las tablas y en la prensa; Grilo baja alguna vez de sus *ermitas*, á donde le hacemos subir por fuerza; pedimos á Granés algo de la mucha *sal* que por dondequiera derrama, y no rehusa este favor su cortesía; Herranz y algún otro no nos verán con menos gusto que á sus compañeros de Academia, y en este número se halla, por supuestó, el Duque de Rivas, digno hijo del que supo hacer poéticas las *cenizas* de los conventos; recuérdanos Mellado lo que era la Central cuando todos nos hallábamos en

¹ De *El Diario Español*.

ella como en nuestro centro, y nos prueba que debajo de la toga, como de la americana, perduran los afectos del estudiante; Romero Robledo deja á las puertas del café Inglés su oratoria política, y su ciencia Cajal, para que sus hermanos en letras y ciencias, allí, como en todas partes, le feliciten. Por Díaz Gallo se pregunta y quizá se le viste con plumas que no son suyas, porque se presume que lo son todas las de tan vivos y hermosos colores como las que en sus artículos lucen; y perdonen todos los no citados, porque todavía para ellos tendríamos semblanzas parecidas y encomiásticas que tanto merecen. No escribimos ningún nuevo *Laurel de Apolo*, porque sólo tenemos de común con Lope de Vega el haber nacido donde el insigne poeta. Y en la misma planta hay flores y espinas.

¡Muchos años sigan todavía reuniéndose los comensales y alguna vez inicien proyectos y los sigan como el que en secciones han dado á luz, que mucho debe esperarse del pleno!

ANTONIO BALBIN DE UNQUERA.

A UN MARMOL ROTO

Este torso que el tiempo oculto había,
natura y arte en competencia junta;
en sus venas suavísima despunta
la sonrosada luz de un nuevo día.

De inefable beldad compendio y guía,
la admiración al arte no pregunta
si es efebo ó deidad lo que trasunta
mármol en que humanó la fantasía.

Si es la reja ó la azada exploradora
quien cercenó tu faz; Grecia es tu Oriente,
y de nuevo á reinar vuelves ahora.

¡Mármol sagrado; en tu inmortal belleza,
cuántas almas cual tú doblan la frente
y en su desgracia anuncian su grandeza!

MIGUEL SANCHEZ PESQUERA.

CAUSAS DE UNA CRISIS

CUENTO DEL SIGLO PASADO

III

Así decía, ni más ni menos, el manuscrito de la muerta. Es decir, que las predicciones de aquellos médicos se habían cumplido, y que sus presentimientos se habían realizado! Habría muerto tal vez poco después de trazar aquellas líneas, retrato del estado de su alma, y sin haber tenido ocasión de encaminarlas á su destino. La muerte la sorprendió guardando en el pecho la triste historia de su amor; y por un accidente de la casualidad, aquella historia le había acompañado hasta el sepulcro; y por otra casualidad, aun mayor, el sepulcro me le devolvía! Entonces me expliqué el abandono en que había quedado el nicho 211, cuyo alquiler no se había pagado, según decía mi amigo el sepulturero, desde 1860. Entonces sentí más que nunca no haber llegado á tiempo de satisfacerle yo mismo, y no me perdonaba la especie de ólvido en que por un momento tuve á aquella infeliz, y cuyo momento bastó para que el implacable sepulturero diera con los descarnados huesos en la fosa común. Hasta 1860, tal vez el cariño de una madre había cuidado de pagar el miserable alquiler de la última morada de su hija. En 1860, tal vez moriría aquella madre, y enterrada en otro cementerio me era imposible averiguar nada.

No había, pues, remedio; pero deseando saber algo de aquella familia, cuya historia de un modo tan extraño conocía, pensé en dirigirme á Salcedo. Por indiferentes que le hubiesen sido aquellas personas, era imposible que no recordase algo de ellas, que no me dijese cuanto supiese, y entonces yo le haría saber lo raro y extraordinario de mis relaciones *sepulcrales*, si así puede decirse, con gentes que há mucho habían dejado de existir.

Y perdóname, lector amado, si he cometido una falta, si te he engañado al decir que copiaba exactamente el manuscrito de la muerta: no podía ni debía hacerlo; debía alterar un nombre que con asombro leí desde el principio, el nombre de Salcedo, porque este personaje, por casualidad amigo mío, era un hombre político importante, que ya lo dejaban adivinar las noticias que de él daba el manuscrito; era cabalmente cuando éste llegó á mis manos, ¡nada menos que ministro de Fomento! Abandonada la carrera militar poco después de terminada la guerra civil, había figurado mucho en las filas liberales, hasta que la revolución de 1854 le colocó en la oposición conservadora. Llegados sus amigos al poder en 1856, había sido director, subsecretario, y en fin, ministro de Fomento hacia la misma época ¡notable coincidencia! en que dejó de pagarse el nicho 211. Entrado en años y desengañado del mundo, sólo conservaba afición á la política, viviendo por lo demás tranquilamente en el seno de su familia, que se componía de su mujer y tres hijos ya crecidos. De bastante más edad que el que esto escribe, nuestra amistad era, sin embargo, cordial y sincera. Háblame conocido en B. durante la temporada de baños de 1856, y me ligaba estrecha amistad con su hijo, que era casi de mi edad. Sin embargo, como en Madrid son las amistades cosa especial y rara, apenas pasaba la nuestra de alguna que otra visita que yo solía hacerle, siempre de noche y á la hora de comer, única en que puede uno encontrar en casa á las ocupadísimas gentes del siglo XIX. A pesar de su elevada posición me recibía siempre el ministro con afabilidad extrema, y eso que yo, ni figuraba en política, ni escribía en periódicos, ni siquiera era, como dice un amigo mío, gobernador de provincia. Por lo común siempre me reprendía por mis cortas y escasas visitas, instándome casi siempre para que fuese á comer; o que en su posición no era especial obsequio, pues casi nunca comían solos.

Por todas estas razones me decidí á llevarle el manuscrito, para que se enterase de aquella triste historia, en que, sin saberlo, había desempeñado tan importante papel; porque no habiendo él conocido la pasión que inspiró, y tratándose de una mujer que hacía tanto tiempo no pertenecía al mundo de los vivos, no parecía existir peligro de ningún género, mucho más si se tenía en cuenta que aun cuando no hubiesen existido estas circunstancias, bastaba la dureza de su corazón, seco ya por los años y por los embates de las luchas políticas, para resguardarse de cualquiera impresión desagradable. Así y todo, no dejaba de ser una broma de mal género la que iba á proporcionarle; pero me decidí á ello, y todo pensaba que sucedería, menos lo que realmente sucedió: que mi extravagante ocurrencia influiría en la historia política de España.

Resuelto, pues, á poner en manos del ministro, protagonista inconsciente de aquella novela, el famoso manuscrito, y después de dar mi acostumbrado paseo por las galerías de la Patriarcal, donde vi de nuevo ocupado el nicho 211, que tuvo mi pobre muerta, me encaminé al anochecer á casa de mi amigo Salcedo.

Retenido en el Congreso por uno de esos incidentes que son la gloria del sistema representativo, desesperábase su esposa y sus hijos, á quienes el apetito hiciera de buena gana dar al diablo todos los Parlamentos del mundo.

Por fin se oyó el precipitado rodar de un coche; y la señora y los hambrientos muchachos ocuparon por asalto la mesa á los gritos de «ya está ahí papá», «á comer», «la sopa», en tanto que dos caballeros convidados departían junto á la chimenea apurando dos excelentes brebas de las que el ministro tenía en una preciosa cigarrera del velador.

Entró por fin Salcedo con muestras de mal humor, y saludando con cierto cumplido á los dos convidados, se dirigió á mí con extrañeza; no me había conocido.

—¡Oh! ¿usted por aquí? ¡Qué milagro! ¿Viene usted á comer con nosotros? Tantas veces se lo he dicho á usted, que....

—No, no señor; estoy siempre tan ocupado....

—¡Canario! ¿usted cuando está ocupado no come? Pues mire usted, ¡era usted excelente para ministro! Justamente hoy tenía más hambre que un cesante, no veía el momento de que se levantase la sesión, cuando

se le ocurre á un maldito diputado gallego explicar una interpelación sobre no sé qué ferrocarril, ¡Qué hombre! ¡Qué pesadez! Ya se ve, comería á medio día una olla de garbanzos.... Ni sé lo que he respondido.... Así se gobierna; ¡qué quiere usted!

Tentado estuve de responder: «Ya se conoce»; pero me guardé muy bien de hacerlo, en tanto que el ministro acariciaba á sus hijos, á quienes no había visto desde el día anterior, y se sentaba á la mesa.

—Póngase usted por aquí—me dijo,—aun á riesgo de tener frío; tan lejos no podemos hablar.

Y con efecto, obedeciendo á Salcedo, me alejé de la chimenea, acercando una silla á su lado. Viéndole ya olvidado del mal rato que le diera la interpelación gallega, me decidí á entrar en materia.

—Ayer me acordé mucho de usted—dije.

—Muchas gracias; pues mire usted, nadie lo diría al ver las raras visitas que nos hace.

—Es que ayer me hizo una cierta familia, á quien usted debió tratar allá en 1837....

—Es posible; pero si usted no dice más....

La verdad era que yo estaba metido en tal atolladero, que ya no sabía qué decir.

—Sí; la de Ildearrieta.

—Ildearrieta, Ildearrieta....—repetió Salcedo;—no recuerdo; como no sea aquel señor intendente jubilado....

—Justamente.

—Que tenía un hijo, Luis, en el regimiento de la Constitución; ¡sí, vaya! Pero, oiga usted: ¿quién queda ya de esa familia? Luis murió poco antes de hacerme á mí Coronel, y los padres serían.... ¡Cá! ¡si tendrían cien años! María Luisa.... Pero María Luisa murió también....

—Pues bien: esa me ha visitado.

—¡Hombre! ¿No murió? ¡Me alegro! Pues lo oí, sí, justo, me lo dijo en Navarra un médico militar, amigo de la casa, que creo la había asistido. Me alegro de que no sea verdad.

—Sí, sí, señor, María Luisa murió.

—¡Eh! ¿qué dice usted?—exclamó Salcedo dejando caer el tenedor;—¿pues no dice usted que la ha visto? Usted tiene ganas de broma.

—¡Será espiritista!—dijo riendo la señora.

—No lo creo—repuso Salcedo;—porque aunque hace versos y tiene pretensiones de literato, á tanto no llega su....

—Muchas gracias,—repliqué riendo.

—¡Pero, hombre, explique usted esa enigma!

Viendo entonces yo que no convendría dar á aquel asunto la publicidad que necesariamente había de tener refiriendo el suceso del manuscrito, *hice la desecha*, como antes se decía, y casi arrepentido de haber llevado tan allá el asunto, repuse sencillamente:

—No, es una broma; es solamente suplicar á usted que viera si se puede hacer algo por una sobrina de Ildearrieta; es huérfana, y....

De esta manera la pavorosa cuestión quedaba reducida á una pretensión insignificante.

—Pues bien, veremos....

Y sin renunciar á mi diabólica idea, que se me imponía casi contra mi voluntad, interrumpí al ministro diciendo:

—Si usted quisiera tomarse la molestia.... Aquí debo tener—añadí sacando el cuerpo del delito—una relación que me entregó de los servicios prestados por su padre, hermano de su contertulio de usted.

—Sí, de Ildearrieta.

Y al decir esto puse con todo descaro en las manos de Salcedo el paquete que contenía las memorias de la muerta.

—¡Oh! pues haré lo posible; la leeré, y veremos si hay algo que darle, aunque sea inventando un recurso. ¡Qué tiempos aquellos—añadió, guardando el papel;—entonces era uno pollo! Pero ahora.... ¡Dichoso usted que no ha conocido tantas cosas, porque es usted más joven!

—Ya lo creo—repuse;—pero en cambio vine al mundo cuando empezaba la funesta dominación de los once años del partido que....

—¡Vaya! ¡Esa es otra broma como la de la muerta! Sólo en broma se puede decir que el partido modera-

do.... Nada, créame usted, no hay más doctrinas de gobierno que las suyas. Es verdad que dirá usted que yo también fui liberal.... pero qué quiere usted, ¡otros tiempos, otras costumbres!

—Conque nada —añadí, despidiéndome; — usted hará el favor de....

—Sí, descuide usted —replicó el ministro saliendo conmigo del comedor.— ¿Pero cómo ha dado usted con esa familia?

Tentado estuve de contarle la verdad, y aun de pedirle el manuscrito, temiendo que su lectura le indispusiese conmigo. Pero pudo más la curiosidad de saber qué efecto le haría mi maldita ocurrencia, y sólo respondí:

—Por una casualidad; la he encontrado en el cementerio de la Patriarcal, donde estaba enterrada su prima María Luisa, la hija de Ildearrieta.

—Ya, ya.

—Allí me habló de su antigua amistad con usted y me ofrecí....

Nos despedimos al decir esto, aunque por mi parte arrepentido de aquella calaverada, que por otra parte esperaba me proporcionase ocasión de hacer un estudio del corazón, estudio que cuando menos me costaría perder la importante amistad del ministro de Fomento.

FÉLIX DIAZ GALLO.

CANCIÓN

Al ver la mariposa
que alegre y fugitiva
el néctar dulce liba
del cáliz de la rosa,
exclamo con amor:
*¡Quién fuera mariposa
si fueras tú la flor!*

Y al ver que revoltosa,
en torno á luz que ama,
se agita presurosa
Y al fin muere en la llama,
exclamo con dolor:
*¡Tú eres la llama alevé;
la mariposa, yo!*

MARIANO CAPDEPÓN.

LA DECENA INTELLECTUAL

Vacante en la Academia de Bellas Artes la plaza que durante muchos años ocupó el eruditísimo investigador de Arqueología é Historia D. Juan de Dios de la Rada y Delgado, ha sido provista con laudable acierto en el Sr. D. Antonio García Alix, que, á sus aficiones artísticas y á sus actos oficiales en pro de las artes bellas, reúne cualidades bastantes á motivar tan atinada elección. Eligió el nuevo Académico como tema de su discurso reglamentario: «Salzillo: su personalidad artística, sus obras, el medio en que las llevó á cabo y su aislamiento y falta de contacto con los escultores de su época, causa influyentísima en el mérito de sus producciones.» La parte más notable del acabado estudio que sobre el eximio artista murciano ha hecho el señor García Alix fué, en nuestro humilde entender, la demostración de la tesis, según la cual Salzillo debió el mérito de sus obras al aislamiento de toda influencia artística en que vivió y produjo. También revela una depurada cultura la minuciosa disquisición crítica que hizo de las obras del insigne escultor, y el notabilísimo elogio del mismo artista con que cerró su discurso el ex Ministro de Instrucción pública. De contestar al recipiendario, á nombre de la Academia, estaba encargado el reputado Arquitecto Sr. Velázquez, que en su meritísima oración huyó de la costumbre, propia de estas solemnidades, de glosar el discurso del nuevo Académico.

El Ateneo de Madrid, en su deseo de extender á todas las esferas la función educadora que desde su establecimiento se propuso, ha creído conveniente inaugurar este año una serie histórica de cuartetos, en la cual pueda estudiarse la evolución de tan importante género musical. El plan adoptado comprende obras de los siguientes compositores: Haydn, Mozart, Beethoven, Schubert, Mendelsohn, Schumann, Greig y Tchaikowsky.

El ilustrado jefe de nuestro Ejército y distinguido publicista Sr. Ibáñez Marín, Presidente de la Asociación Militar de Excursiones ha estudiado en una brillantísima conferencia, dada recientemente en la Sociedad Geográfica, regiones casi desconocidas de nuestra Península, como son la serranía de Cuenca, los montes de Albarracín y el Maestrazgo, teatro de las dos excursiones últimamente verificadas por la mencionada Sociedad. Nuestra enhorabuena por tan patriótica y educadora campaña.

La Sociedad Facultativa de Ciencias y Letras, en sesión extraordinaria, ha aprobado por unanimidad la siguiente candidatura para formar su Junta directiva: Presidentes honorarios, D. José Canalejas, D. Eduardo León y Ortiz y D. Eduardo Lozano; Presidente efectivo, Don Antonio Vela; Vicepresidente, D. Juan Pomareda; Vocales, Sres. Muela, Gaztambide, Peralta y Pomareda; Tesorero, Sr. Robles Guirado; Secretario general, Don Manuel Maraver; Secretarios de actas, Sres. Este y García.

En el Círculo de Bellas Artes tuvo lugar una numerosa reunión de conocidos pintores, para ocuparse del acuerdo suspendiendo la próxima Exposición Nacional de Bellas Artes, así como del nuevo Reglamento de Exposiciones. Se acordó por unanimidad la celebración de un Certamen artístico en el mes de Mayo, y para que abra una información y redacte el Mensaje que ha de elevarse al Ministro del ramo fué nombrada una Comisión, compuesta de los Sres. Mencia, Vera, Gómez Gil, Cubells, Morelli, Arroyo, Pola, Cabrera, Barcellar, Triller, Sampedro y Vancells.

El Profesor de la Escuela práctica de Especialidades Médicas, Sr. Sanz Blanco, pronunció su conferencia pública de turno, desarrollando el tema «Ciegos que no debieran serlo.»

El distinguido médico Sr. Espina y Capo disertó en el local del salón de grados de la Universidad sobre la «Profilaxis antituberculosa», dedicando sus consejos á los señores alumnos de la Facultad de Derecho.

CAGLIOSTRO.

MORALEJA

Por reprender un parroquiano adusto
al mozo de una fonda,
el servidor sintió pena tan honda
que se murió del susto.
Llenos se ven por tales sin razones
nichos y panteones.

ENRIQUE PRINCIPE Y SATORRES.

15 de Enero 1908.

LOS AMORES DE MIRABEAU

III

No seguiremos á nuestro héroe en sus amores de un día, tan pronto olvidados como conseguidos, ni en el huracán de escándalos que por todas partes dejara en sus constantes viajes por Europa, unas veces huyendo de sus acreedores y otras desempeñando comisiones que á su gran talento y absoluta falta de moralidad confiaran los ministros Necker y Calonne, tan combatidos por él y también tan ardentemente defendidos, según era la paga. Nuevo Don Juan, por todas partes arrastró tras de sí los estigmas del vicio: el desorden de su vida y la publicidad de innumerables amores,

que aumentaron el ruido de su nombre, ya célebre por sus pasiones y por su inmenso talento.

Desde la muerte de la desventurada Sofía Monnier, ninguna pasión duradera ocupó su corazón, hasta que, merced á una casualidad, sedujo y robó de un convento á una joven holandesa que allí se hallaba en clase de educanda, haciéndola su querida.

Enriqueta Van-Haren, hija de un publicista holandés, hermosa y de sentimientos exaltados, se unió á Mirabeau con el mayor apasionamiento, siguiéndole en su vida errante y compartiendo con él así los rigores como las dulzuras de la adversa ó de la próspera fortuna.

Un hijo, el único que sobrevivió á Mirabeau, nació de esta unión clandestina, estrechando más los lazos, hasta el punto de que Enriqueta—ó sea Mme. de Nehra, como por ingenioso anagrama se hacía llamar—le sirviera de mediador y confidente en muy arduos asuntos políticos: «*Tengo una dulce compañera*—escribía Mirabeau á un amigo,—*que además de su valor y energía para los asuntos, es dulce, sensible, de fisonomía angelical y con un alma tan elevada, que nadie es capaz de igualarla por la superioridad de su ternura, sus delicadezas y las abnegaciones de sus sacrificios en pro del que ama!....*»

¡Cuán cierto es que aun los hombres más desgraciados hallan siempre el cariño de una mujer para templar los rigores de la suerte y reanimar el espíritu abatido!

La gravedad de los asuntos públicos y la vacilante marcha de la Monarquía de Luis XVI, cada día más comprometida, absorbieron durante algunos años toda la atención de Mirabeau, cuya mirada de águila distinguía claramente la furiosa tormenta que se columbraba en el horizonte de la Francia. Su amor por Mme. de Nehra había seguido las fases de todas sus pasiones; y si bien en el fondo del corazón la amaba aún, la variedad creciente de sus conquistas, hijas de un capricho pasajero ó de la fogosidad de su temperamento, atenuaban en gran manera los extremos de su pasión.

Bien pronto otro amor vino á reemplazar en el voluble corazón de Mirabeau la dulce y serena imagen de la holandesa.

Una mujer más joven, imperiosa y ávida de dinero y de la gloria, muy relativa, de ser amante de aquel hombre, con sus ribetes de literata y redactora del periódico que dirigía Mirabeau, llenó por completo el corazón de aquel hombre cuya vida contaba ya tan largo como accidentado proceso amoroso.

Mme. Lejay, que así se llamaba, llegó con la firmeza de su carácter á dominarle de tal manera, que Mirabeau confesaba humildemente á sus íntimos, que le espantaban más la cólera y exigencias de aquella mujer que las tempestades que sus discursos desencadenaban en los jacobinos ó en la propia Asamblea Nacional.

Al envilecimiento que llegó Mirabeau en sus tratos con la corte, dejándose comprar por mediación del Conde de la Marck en unos cuantos miles de francos, no fué extraña Mme. Lejay, que sorprendió la intriga, reservándose sacar de ella todo el partido posible, si bien la muerte vino á frustrar los ambiciosos proyectos de aquella mujer.

Aquí llegamos ya á la última evolución de Mirabeau; á la crisis de aquel colosal talento, tan mal empleado; á la fase notable de su vida política, en que de faccioso, cuyos golpes y terribles diatribas contra la monarquía habían casi demolido al ya vacilante trono de San Luis, se convirtió rápidamente, llevado más por su ardiente corazón que por su instinto político, en defensor de una causa cuya personificación era una reina atacada cruelmente en su dignidad de soberana y en sus sentimientos de mujer, de esposa y de madre.

Se ha hecho un crimen á Mirabeau de regatear el precio de su inteligencia con los reyes para servir oculta-mente su causa, domando con las energías de su gran talento oratorio las tempestades de la Asamblea é influyendo con los ministros en la dirección de los asuntos públicos, sin tener en cuenta que Mirabeau era revolucionario por temperamento, pero que en el fondo de su corazón siempre fué realista, á impulsos de la sangre patricia que corría por sus venas, y más de una vez tuvo amargos remordimientos de los golpes que, llevado de la impetuosidad de su carácter, asestara contra aquellas augustas cabezas predestinadas ya al verdugo.

Pero de esta inteligencia con la corte, á decir que el

último amor de Mirabeau fuera María Antonieta, hay gran distancia; pues Mirabeau, hombre apasionado y de temperamento sensual y vicioso, pudo quedar prendado de la hermosura, de la gracia y perfecta distinción de aquella mujer que durante dos horas habló con él de sus penas, de sus inquietudes y del temor que la oprimía por la suerte de su esposo y de sus hijos; pudo también quedar maravillado de la sencillez y casi amistoso afecto con que le tratara aquella hija de María Teresa á quien sus enemigos retrataban como dura, despreciativa y orgullosa; y finalmente, pudo halagar su vanidad de hombre político y su orgullo de cabeza visible de la revolución, el ver aquella reina de Francia que acudía á él como único salvador posible de los intereses de la monarquía más antigua del mundo.

Por las confidencias de Mgr. de Fontanges, después obispo de Autun, se conocen los detalles de la única entrevista entre la reina María Antonieta y Mirabeau, á la que él asistió como testigo presencial, si bien algún tanto separado de los interlocutores, y celebrada en una tarde del mes de Julio en la parte reservada del parque de San-Cloud, residencia á la sazón de los atribulados reyes de Francia.

Al aparecer la reina, Mirabeau, con la perfecta distinción del hombre noble, supo dar á su rostro tal expresión, y á toda su actitud imprimió tan visible respeto, que aquel mudo homenaje tranquilizó á la infeliz princesa acerca de las intenciones que á tal entrevista aportaba aquel hombre.

—Señor Conde—le dijo ella con aquella voz de timbre argentino y que tan directamente iba á los corazones, según afirman cuantos la oyeron;—*si esta tentativa se dirigiese á un hombre vulgar, incapaz de apreciar que la monarquía es necesaria á un gran pueblo, sería temeraria; pero cuando se dirige una A UN MIRABEAU, está segura de ser comprendida por su talento y dignamente apreciada por su lealtad.*

Estas palabras, dictadas seguramente por su admirable instinto de mujer, deslumbraron á Mirabeau, haciéndole estremecerse de orgullo, y puede decirse que desde ese momento estaba ganada en su corazón la causa que defendía aquella reina. Él mismo lo proclamó al final de la entrevista con entusiasmo un tanto teatral, al besar la mano de María Antonieta como despedida, diciendo:

—¡Señora, este beso salva la monarquía!

Efectivamente, volvió á París decidido á ello; pero la muerte le salió bien pronto al paso, cortando las esperanzas de aquella reina desventurada y los propósitos del que innegablemente, de haber vivido, hubiera dado giro muy distinto á la Revolución, impidiendo los brutales excesos del Terror y guiando las masas á más nobles empresas que las de ensangrentarse inmolando mujeres y niños.

¡Mirabeau pudo ser un sublime genio que salvase á su patria; pero para ser un Straford le faltó el valor de arrostrar el cadalso, y para ser un Cromwell le faltaron las virtudes!

LUIS DE CUERO PITA PIZARRO

PROCEDIMIENTO CULTO

Todos recuerdan los disgustos á que ha dado lugar en Carnavales anteriores el uso de las serpentinas, convirtiéndolas en una broma de buen gusto en una verdadera pedrea. Y sin que podamos explicarnos por qué, después de la prohibición, se han vuelto á autorizar este año, y continuarán las contrariedades; porque mientras al lado de cada poseedor de una serpentina, no se coloque un guardia, seguirán los escándalos como hasta aquí.

Una casa muy conocida en Madrid, la acreditada perfumería GAL, ha construído 500.000 tubos lanza-perfumes, generalizando en España, para las bromas de Carnaval, esta cultísima costumbre.

Estos tubos, que se venden al precio de 25 céntimos, son de fabricación esmerada y contienen media onza de delicadísimo perfume, mezclado con agua, para evitar las molestias que podría causar el alcohol que fuera á parar á los ojos.

Constituye este procedimiento un progreso culto que, seguramente, ha de merecer grande acogida en el comercio y en el público.

BIBLIOGRAFIA

Verdaderamente espléndido, original, lujoso y ameno es el número extraordinario publicado por el semanario *Pluma y Lápiz*, que ha hecho un elocuente alarde de sus iniciativas y gusto exquisito. El número, de 40 páginas, en magnífico papel, está dedicado al juego en general, y figuran en él, dándole una gran variedad, artículos históricos, festivos, de instrucción, anecdóticos, etc.; lindas poesías; ocho páginas de hermosas cromotipias, retratos, vistas, fototipias de interiores y al aire libre, reproducciones de óleos, carbones, lavados, dibujos á la pluma, historietas, y una infinidad de detalles que constituyen una monografía completa del juego.

En la imposibilidad material de detallar el contenido de este número, diremos solamente que entre los muchos autores que en él colaboran figuran Manuel del Palacio, Fernández Bremón, Ossorio y Bernard, Montecristo, Marqués de Valdegamas, Valero de Tornos, Frontaura, Amicis, Utrillo, Diéguez, Taboada, Serra Pausas, Cidón, Moreno Durán, Tovar, Karikato, Moreno Godino, etc.

La casa editorial Maucci puede estar satisfecha de su lucimiento, con motivo de tan interesante extraordinario de *Pluma y Lápiz*.

* *

El número del corriente mes de la REVISTA COMERCIAL IBERO-AMERICANA ha aparecido con nuevo dibujo en la cubierta, representando vigorosamente á Mercurio montado en su caballo alado recorriendo los espacios, iluminando el mundo con la antorcha del Comercio, dibujo hecho por el director artístico de la misma, señor Abarca.

El texto ha sido mejorado con algunos artículos de amenidad que no salen del fondo que sostiene la misma. Es por demás interesante el siguiente sumario:

«El bloqueo de Venezuela.—La emigración moderna» Federico Rahola.—«De Barcelona á Buenos Aires», Jorge Bach.—«En obsequio al Dr. Quirino Costa: Una Exposición improvisada».—«La Isla de Fuerteventura (Canarias)», N. Font y Sagué, pbro.—«Historia del desgraciado Rey de Ghesem», C. Abarca.—«Don Carlos de Portugal en España», Julián de la «Cal.—Crónica española», Salvador Canals.—Crónica general.—Sección financiera.—Sección Comercial.—Transportes.—Salidas de vapores.

CURIOSIDAD LITERARIA

EL CORRAL DEL PRINCIPE EN 1620

Reside en esta coronada villa un antiguo amigo mío, natural de Simancas, menos conocido de lo que á la literatura conviene y más desgraciado de lo que yo quisiera y él merece. Su edad frisa en los treinta años; es de ingenio clarísimo y de conocimientos poco vulgares; pero tan dado al estudio, y especialmente á la lectura de libros históricos, que el mucho meditar y el poco dormir le han arrastrado á la locura más original que imaginarse puede.

Sucédele frecuentemente que pasa ocho ó diez horas sobre uno de los muchos manuscritos que, como único patrimonio, ha traído del pueblo de su naturaleza; y con tanta afición le examina, y analiza y escudriña, que, exaltada su imaginación, se le antoja ver y escuchar todo lo que ver y escuchar podría si en aquellos tiempos viviese; pero con tal exactitud y verdad en los detalles, que el mismo Alejandro Dumas se alegraría de oírle.

En este estado, pues, de exaltación debía de hallarse ayer cuando vino á llamar á la puerta de mi aposento el bueno de D. Anacleto, que con este nombre ha bautizado á mi erudito amigo el Archivero de Simancas, tío y padrino suyo. Saludámonos cortésmente, dímonos las manos con demostraciones de entrañable afecto; y después de hacerle sentar á mi lado, entablamos el siguiente diálogo, tan entretenido como si le hubiera dictado el mismo Cagliostro, y tan curioso y original, que pienso que ha de servir de solaz y contentamiento al que con provecho lo leyere.

—No me esperabas, ¿no es verdad? He salido del Corral del Príncipe á tiempo que lloviznaba muy bonitamente; y como mi ferreruelo y mi jubón están un tanto rafdos, he resuelto entrar en tu casa y esperar aquí á que el cielo se despeje.

—Tate, tate—dije para mis adentros;—ferreruelo

llama á la esclavina y corral al teatro: ¡medrados estamos!

Y deseando adivinar el siglo en que mi discreto maníático se había colocado, le dije:

—¿Conque vienes del Corral?

—Exactamente—me interrumpió;—del Corral de Isabel de Pacheco, porque el de Burguillos y el de la calle del Sol están cerrados, y en el de la Cruz no he podido hallar un solo asiento. Todo estaba vendido: tablados, corredores, aposentos y ventanas. Cosa, por Dios, bien extraña, pues la gente ha ido perdiendo el gusto á las comedias desde que Felipe II mandó que en las representaciones estuviesen separados los hombres de las mujeres, y sobre todo desde que prohibió los bailes lascivos y truhanescos.

Yo soy tan lerdo y tan zote en punto á historia, que ni aun con estas explicaciones acerté á comprender la época en que mi amigo se hallaba, y para salir una vez de dudas exclamé á media voz:

—Felipe II tiene malos consejeros.

—Tenía, querrás decir, porque hace algunos años que descansa en el monumento levantado por él mismo para conservar sus cenizas y la memoria de la batalla de San Quintín; aunque yo tengo para mí que reyes como ese no han menester consejeros.

—Acabáramos—murmuré yo sin que Anacleto pudiera oírme:—ya sé que estamos en el siglo XVII.

Y como si hablara consigo mismo, prosiguió con gravedad y pausa de la manera siguiente:

—¡Los tiempos van en decadencia! Felipe II dió un golpe mortal al arte inaugurado en Castilla hace siglo y medio por el Marqués de Villena y sucesivamente perfeccionado por el poeta Juan de la Encina, por el atrevido D. Rodrigo de Cota, por el Sacerdote Bartolomé de Torres Navarro, por el famoso Lope de Rueda y por el Secretario Cristóbal de Castillejo. Fr. Alfonso Mendoza declaró en 1586 que las comedias no eran pecado mortal; y, sin embargo, doce años después despachó provisión Felipe II prohibiéndolas en todo el reino, y casi al mismo tiempo dispuso que en las iglesias y conventos no se representasen sino cosas ordenadas á devoción. ¡Oh! los chinos están más adelantados que nosotros: ellos tienen hoy comedias que duran doce días con sus noches correspondientes.

—Algo exageras—me atreví á replicarle;—los españoles tenemos hoy la misma influencia en los teatros de Europa que en los negocios públicos, y nuestro gusto domina á la par de nuestra política.

Anacleto, que estaba harto ensimismado para oír lo que yo decía, continuó con la misma pausa:

—Ya desaparecieron los pasos honrosos, los torneos, los estafermos y los juegos de cañas y de la sortija. Es fuerza contentarnos con cuatro títeres italianos, y, cuando más, con las desaliñadas comedias de Lope de Vega ó con las de su ingenioso discípulo Fr. Gabriel Téllez, que son precisamente las que ahora está representando la cuadrilla del famoso actor Cristóbal Santiago Ortiz.

—¿En tan poco estimas—repuse yo—las obras de esos dos poetas admirables?

—Admirables, ¡psé! Lope de Vega escribiría mejor si escribiese menos. Hay pureza y suavidad en su lenguaje, no carece de invención, tiene viveza en el diálogo y describe con gracia inimitable; pero ha dado á la estampa novecientas comedias y doce libros en prosa y verso, además de otros varios papeles sueltos, y el que mucho abarca poco aprieta. En Tirso hay más artificio dramático y planes mejor delineados; pero sus damas son harto livianas, las situaciones están todas vaciadas en un mismo molde, y en general las costumbres que pinta no son las de este siglo. Entre sus dramas históricos solamente hay uno que merece leerse, *La prudencia en la mujer*; y los de intriga, como *La villana de Vallecas*, á cuya representación he asistido esta tarde, están plagados de defectos. Suponte que la primera escena pasa en Valencia, la cuarta en Arganda, la novena en Vallecas y el segundo acto en Madrid.

—En esa clase de licencias, otros se han excedido más que Tirso de Molina. Ahí tienes si no, *El Rufián famoso*, de Cervantes, cuya acción empieza en Sevilla y concluye en Méjico, y en la cual figuran un inquisidor, un padre de mancebía, un ángel, tres demonios, cuatro frailes, el virrey de Méjico, un pastelero y tres

ánimas del purgatorio; y *Numancia*, del mismo autor, en la cual hablan la enfermedad y el río Duero.

—Esa es una crítica embozada — replicó Anacleto con prontitud; — y si no, lee la segunda jornada de *El Rufián dichoso*, que acabas de citar, y hallarás la siguiente cuarteta:

Ya la comedia es un mapa
donde, no un dedo distante,
verás á Londres y Roma,
á Valladolid y Gante.

—Hablemos, pues, de *La Villana de Vallecas* y del Corral del Príncipe, porque no he visto aquella y hace más de un año que no asisto á éste ni á ningún otro.

—Con mucho gusto, — prosiguió mi pobre loco. — Salía yo de mi casa cuando encontré en la calle á un tal Calderón de la Barca, á quien conocí en Salamanca y de donde ha venido hace cosa de un año: joven de muchas esperanzas y de tanto provecho, que su nombre ha de pasar á la más remota posteridad. Llegamos á la puerta del Corral y, por seguir la moda, tomamos nuestro vaso de agua con algunas golosinas de aloja y confitura, aumentando así la ganancia del que tiene arrendado ese ramo. Pagó cada uno su real de entrada y fuímonos en derechura al patio, porque yo prefiero sentarme entre esa buena gente, á que llaman *mosqueteros*, á los corredores y ventanas, donde se expone uno á las miradas de todo el mundo. Es verdad que allí se está á la intemperie, pues el toldo de anejo que cubre el patio no guarece sino del sol: y á fe que bien podían sustituirle con un tejado como el del Corral. No bajaba de 800 el número de los espectadores, entre los cuales había clérigos, frailes y nobles que ocultaban debajo de la capa su espada y su daga inseparables, y por Dios que si todas las tardes hubiese igual concurrencia, no le sería difícil al empresario pagar los seis reales que se le exigen por cada representación, ni á las cofradías sacar más de 300 para los hospitales. En aquella ventana, con reja, de una vara en cuadro, que cae sobre la primer grada, he visto á tu vecino D. Rodrigo Herrera, con sus insignias de la Orden de Santiagode Rivera, y en los corredores al anciano cronista Miguel de Herrera, al excéntrico Mateo de Rivas Olalla, que ha escrito la *Defensa de las barbas de los sacerdotes*, á Pablo Verdugo, autor de la *Vida de Santa Teresa, en quintillas*, y á Pedro Gutiérrez de Palmanos, conocido por haber descrito poéticamente la *Batalla entre los titanes y los dioses*. Allí han venido á saludarnos, entre otros muchos, los historiadores Felipe de la Gándara, Prudencio de Sandoval y Rodrigo de la Piñuela. Rodó la conversación naturalmente sobre la cuadrilla del famoso Ortiz, sobre las comedias que van á representarse en la sacristía de San Felipe el Real, y sobre esa plaga de representantes que hoy se conocen según sus categorías por las gitanescas denominaciones de *Benelú, Naque, Gangarilla, Cambales, Gamacha, Rogiganga, Farándula y Compañía*. Hablóse de los muchos fulleros y truhanes, así legos como eclesiásticos, que abrazan la profesión cómica, sin licencia ni título particular, para burlar la persecución de la justicia; y censuróse, en fin, cuanto atañe al histrionismo, que viene á ser el asilo de todos los gandules y delincuentes de la Península, y el anzuelo en que prenden las riquezas de muchos nobles.

Después de hacernos esperar largo tiempo, alzóse al fin la cortina; y cuando yo me prometía no perder una sola sílaba de los actores que fuesen saliendo á la escena, vino á distraerme la siguiente plática sostenida entre dos hidalgos que cerca de mí se hallaban:

—No le agradará á vuestra merced la comedia.

—¿Por qué lo decís?

—Porque está en castellano.

—¿Pues podía estar en hebreo!

—Hay más idiomas que el hebreo: pudiera estar en italiano, como las famosas de Ganasa, que gustaban á todos.

—A todos los tontos.

—Y á Felipe II, que no era tonto; dígalos si no aquel drama religioso que hizo representar en su palacio, *La fiesta del zapato*. ¡Oh! no hay comedia como la *Serafina*; está escrita en cuatro lenguas: lemosina, latina, italiana y castellana.

—¿Vos sabréis esas cuatro lenguas.

—Yo, ninguna; pero tampoco sabréis vos bailar en la maroma y, sin embargo, os gustará ver á los volatines.

Este poderoso argumento suspendió por algunos minutos la conversación, al cabo de los cuales volvieron á anudarla, con tanta bulla y estrépito, que el primer acto se concluyó sin que pudiéramos entender una palabra ni Calderón ni yo.

—En el segundo acto—dije yo—te habrán dejado oír á los cómicos.

—No ha sido así—me contestó Anacleto;—antes por el contrario, se armó una gresca tal en el patio, que á no haber mediado Calderón y yo, hubiera bastado para dar al traste con la comedia y quizá también para dejar malparado á alguno de los actores. Sucedió, pues, que un zapatero llamado Sánchez, hombre de tanta influencia entre el populacho que todos los poetas le respetan, dispuso los ánimos para una silba, á consecuencia, según pude comprender, del desprecio con que le considera Fr. Gabriel Téllez. Habíanse repartido pepinos entre los alborotadores, y cada cual aprestaba, bien una llave, ó bien otro instrumento cualquiera para hacer ruido: cuando yo me apercibí del proyecto pude impedir que se llevara á cabo; pero en estas cosas se pasó el segundo acto y la comedia toda, sin que pueda asegurar que sea de Tirso de Molina. Bien sabes que este poeta suele dar su nombre ó su seudónimo á muchas obras de escritores oscuros y desconocidos.

—¡Yo lo creo! como que en la dedicatoria de la segunda parte de sus obras, cuya impresión ha costado la hermandad de mercaderes de libros, dice, si mal no me acuerdo, lo siguiente: «Yo, virtuosa congregación, dedico, de estas doce comedias, cuatro, que son mías, en mi nombre, y en el de los dueños de las otras ocho» (que no sé por qué infortunio suyo, siendo hijas de tan ilustres padres, las echaron á mis puertas) las que restan.»

—Justamente — anadió Anacleto — iba yo á citarte ese párrafo, que he leído hace pocos días; y no te extrañe que un autor adopte como suyas producciones extrañas, si ese es un medio de hacer fortuna; porque en la época venturosa que alcanzamos son cosas muy compatibles el talento y la pobreza, y aquí en Castilla es antiguo proverbio que ave de pluma no mantiene á su dueño.

Sin ir más lejos, ahí tienes á Cervantes, ingenio á quien el mundo admira, que después de haber sido proveedor de la armada de Sevilla y perceptor de contribuciones, murió tan pobre y desvalido que aflige el recordarlo; y á Cristóbal Colón, que en recompensa de haber descubierto un nuevo mundo se le condujo á Europa cargado de cadenas y se le dejó morir en Valladolid, á últimos del siglo XV, tan olvidado de los españoles como si nada le debieran. En este país, si alguna protección alcanzan el ingenio y las letras, es mendigada y humillante. Al paso que nuestros reyes consumen inmensos tesoros en edificar capillas y monasterios, hoy estaríamos sin un corral en la corte, si la hermandad de Nuestra Señora de la Soledad y la cofradía de la Pasión no hubiesen levantado por su cuenta los que tenemos.

Conociendo que mi erudito compañero estaba en disposición de no callar en toda la noche, le salí al encuentro con las primeras palabras que se me han venido á los labios, y fueron las siguientes:

—¿De manera que se ha concluido la representación sin que tú ni Calderón de la Barca os hayáis aprovechado de ella?

—¡Oh! por el contrario — me respondió — nos ha servido de distracción el final. Como la chusma dispuesta á silbar no vió cumplido su gusto, deseaba desahogar de cualquier modo su bullicioso intento. Habíase anunciado que se bailarían el Turdión y la Pavana, bailes tan graves y tan serios que parecen inventados por un ermitaño. El público empezó por murmurar, después alborotó, concluyendo al fin por pedir con descompuestas y descompasadas voces todos los bailes prohibidos. Unos decían: ¡Que se baile el Polvillo! Otros gritaban: ¡El Santaren! Y en medio de aquella baraúnda se oía al zapatero Sánchez: ¡No queremos danzas que nos hagan llorar, queremos que se baile el pasa-calles, y la Gorróna, y la Papironda, y la Zarabanda! Aquello

parecía un infierno; hemos llegado á temer que el patio se hundiese ó que las ventas se desplomasen contra nosotros; hubo doncellas que se desmayaron, dueñas que ofrecieron una misa á Santa Tecla para que las sacase con bien de aquel aprieto, y algún alguacil escondió la vara, temeroso de ser conocido y apaleado. En fin, fué tal y tan general la zambra, que se accedió á los deseos de los amotinados, dando principio el nunca bien ponderado baile de la Zarabanda. Entonces era ver aplaudir á los jóvenes, ruborizarse á las damas, cubrir la cara á las viejas y agitarse en sus asientos ó brincar de contentos á los mismos religiosos que más han vituperado desde el púlpito la depravación y licencia de las costumbres actuales: ¡que así es el mundo; hoy reprobamos lo que hemos de hacer mañana, y ve la paja en el ojo ajeno quien no ve la viga en el suyo. De esta manera tan divertida como inesperada concluyó la función, y puedo asegurarte que no me pesa de no haber podido prestar atención á la comedia; porque si había de ser para contemplar, como hace pocos días, á un emperador romano en jubón y calzas y escoltado por una guardia de arcabuceros, vale más haber estado entretenido con los actores del patio. Y al fin y al cabo las comedias del Comendador Fr. Gabriel no me agradan en demasía: rara vez prescinde del gongorismo que en estos tiempos inunda la literatura, y no es verdaderamente poético sino cuando se entrega á su genio, desechando lo metafísico del estilo culto. El escritor dramático debe copiar fielmente las costumbres, y la sociedad de Tirso en nada se parece á esta sociedad en que vivimos: sus criados, dije indispensable de todo galán, han de ser deslenguados y por fuerza han de tutear á su amo como á un camarada y decir bufonerías; pero el público se paga tanto de estas inexactitudes, que la naturalidad le disgustaría. Últimamente, Tirso es sobradamente licencioso: nada se ha escrito más inmoral que el primer acto del *Burlador de Sevilla y Convidado de piedra* y la conclusión de *El vergonzoso en palacio*.

Aquí llegaba en su narración el alucinado Anacleto, cuando oímos sonar nueve campanadas en el reloj de la Trinidad. Levantóse y alargóme la mano, despidiéndose con palabras muy corteses. Ofrecíle mi compañía; y como rehusase, él se fué solo y yo me volví á mi butaca con mis pensamientos, que mucho ganaría si me dejasen también.

Después de la extraña conversación que acababa de tener, me quedé por largo tiempo caviloso y pensativo. Presentáronse á mi memoria todos los grandes recuerdos históricos del siglo XVII, y la comparación entre el reinado pacífico y tranquilo de Felipe III, y la época de turbulencias y anarquía que atravesamos me desconsoló en extremo. Yo; que he andado la mayor parte de mi vida de zeca en meca y de zoca en colodra, al compás de los vaivienes políticos, preferiría haber nacido en aquellos buenos tiempos, de menos ilustración acaso, pero, sin duda alguna, de más calma y reposo. En el siglo XVII, cuando la comedia se estaba formando, cuando el aparato escénico estaba en mantillas y cuando el público veía los autos sacramentales desde un banco de roble, y á la luz de algunas velas de sebo, entonces florecieron Lope, Tirso, Moreto, Rojas y Ruiz de Alarcón; y hoy, que tanto hemos adelantado, ni siquiera alcanzamos á imitarles dignamente. Hoy nos adornamos con las más ricas flores de la literatura extranjera, y no conseguimos detener al público que va desertando de las lunetas. ¡*Quantum mutatus ab illo!* El teatro está en el último período de su existencia. Los dramas de gran espectáculo, las comedias de magia, el romanticismo quebrantando las trabas aristotélicas, y esas zarzuelas, mezcla de baile, canto y recitado, no han sido sino paliativos contra el teatro agonizante.

Todas las épocas tienen sus diversiones y sus fiestas, propias y especiales de su cultura, de sus hábitos y de sus instituciones, y la época del teatro va pasando, así como han pasado la de los juegos olímpicos, la de los gladiadores y la de los torneos: subsistirá únicamente el tiempo que tarde en aparecer otro espectáculo que le reemplace, más acorde con las costumbres y las necesidades actuales.

¡Pobre Anacleto! Acaso muchos que se creen cuerdos debieran envidiar esa locura que te permite hacer

completa abstracción de la realidad presente y trasladarte á edades más afortunadas! ¡Dichoso tú que puedes olvidar la inmoralidad que se ha infiltrado en las venas del cuerpo social, y creer en la amistad del hombre y en el amor de la mujer! ¡Infelices nosotros los que estamos condenados á atravesar este período de descomposición, ufanos con el conocimiento de las miserias presentes! ¡Infelices nosotros los que llevamos sobre el corazón las palabras que escribió Dante en la puerta del infierno: los que, como el ciego de Smirna, tenemos que ir de ciudad en ciudad cantando nuestros pobres versos para obtener algún óbolo á cuenta de la gloria póstuma.

ANTONIO ROMERO ORTIZ.

Concurso de GENTE VIEJA

El modernismo.

Lema: *Nada hay nuevo debajo del sol.*

¿Qué es el modernismo y qué significa como escuela dentro del Arte en general, y de la Literatura en particular?

El triunfo de la anarquía en los dominios de la Estética: eso es el «modernismo».

—Atrevidilla es la definición, señor articulista....

—Pero exacta, exactísima, señor curioso; y de tan fácil demostración, que aun yo mismo, que me conceptúo el más porro de los definidores de vocablos enrevesados, me atrevo á probar la exactitud de mi aserto.

—Veamos cómo.... ¡Digo, si la probanza no ha de hacerse á zambombazos; pues en vista de su rotunda afirmación y dados los tiempos que corren, todo es de temer!....

—Tranquilícese, señor precavido, ó siquier maleante y chirigotero, que no lo dije por tanto....; y aunque me declaro enemigo de fundamentar mis argumentos en citas enfadosas, de las que reniego siempre, procure no buscarme la lengua por el registro de la sátira, pues me pondrá en el caso de seguirle el humor, trayendo á cuento muchas de las manifestaciones del modernismo literario y artístico y que en realidad deben ser consideradas como verdaderos *explosivos estéticos*, atentatorios contra toda idea de belleza.... Pero á bien que la Belleza es eterna, y á pesar del torbellino caótico que al presente la envuelve, formado por toda clase de negociaciones y rebeldías, de extravagancias y desatinos, y enturbiado, además, por el polvo de los *moldes* rotos y de las *reglas* hechas añicos, saldrá triunfadora é inmaculada de entre las ruinas, como salió ya otras veces para gloria del Arte, cuya *alma mater* fué y seguirá siéndolo siempre la Belleza inmortal....

—Está bien (y perdone si le interrumpo): reconozco que di motivo con mis bromas para la soflama que acaba usted de endilgarme, y convengo en que el modernismo es, ante todo, una revolución radicalísima que se está efectuando en las Artes y en la Literatura; pero de tal afirmación no debe deducirse que el modernismo sea atentatorio contra la Belleza, sino acaso todo lo contrario, puesto que, según dicen sus más fervientes propagandistas y defensores, la novísima escuela no es otra cosa que refinamiento del gusto en toda manifestación estética, desde la más elevada y grandiosa, hasta la más humilde é insignificante. Vea usted, pues, de compaginar estos loables propósitos del modernismo con las funestas realidades que usted le atribuye; pues en verdad que la discrepancia no puede ser más palmaria: es una verdadera antítesis.

—¡Qué antítesis ni qué calabazas!.... No hay tal antítesis, señor mío, puesto que yo no censuro los *propósitos* del modernismo, sino las *realidades* estrambóticas en que incurre con lamentable frecuencia y que vienen á ser á modo de verdaderos atentados incruentos del radicalismo literario y artístico contra todo lo existente en el mundo del Arte y de la Literatura.

¡Los propósitos!.... ¡Los propósitos!.... ¿Acaso el anarquismo, con todos sus horrores de procedimiento,

no se *propone* y persigue también un ideal de perfección, según afirman los sectarios que lo defienden?

He ahí, amigo mío, cómo dos afirmaciones, al parecer antitéticas, pueden converger en una sola verdad.... *verdadera*, cual lo es la de que el modernismo, prendado de la Belleza ideal, y el anarquismo, enamorado de la estricta justicia, son una misma cosa, puesto que ambos propenden á lo absoluto (aspiración sobrehumana que jamás el hombre verá cumplida); por eso, para la consecución de sus respectivos fines usan parecidos medios y proceden de la misma manera; por eso, rompiendo trabas, despreciando formalismos é instigados por el mortificante prurito de lograr, el uno, «de golpe y porrazo», la perfección social...., y el otro la artística originalidad «á chorro perpetuo», muestran contra todo lo tradicional los mismos sistemáticos resquemores y antipatías; por eso, en fin, luchan airados contra todo lo existente, porque nada de cuanto existe les parece bello ni justo, y aspiran, con aspiración vehementísima, á destruirlo todo...., todo...., cual si la humanidad, en su ya larga estancia sobre el planeta, no hubiese creado nada que sea digno de conservación ni de respeto.

¡Funesto error el de aferrarse en volver al caos como punto de partida, en vez de imitar á la Naturaleza en sus modos de renovación y perfeccionamiento, que son siempre evolutivos!.... Y así procedió y por eso fué tan fecundo en resultados el modernismo de *otros tiempos*; pues bueno será advertir, aunque resulte paradójica la advertencia, que eso que han dado en llamar ahora *modernismo* es cosa *rancia* en la historia de la Humanidad, por ser propio de todas las grandes civilizaciones. Modernista fué Atenas en tiempo de Pericles; modernista Roma en la época de Augusto; modernista Italia, y Europa entera fué modernista en el siglo de León X y de Carlos V.... ¿Qué fué el Renacimiento sino una grande, profunda y trascendental revolución modernista?... *Edad Moderna* se llama el brillantísimo período histórico entonces inaugurado....; y he ahí cómo ni siquiera es original el nombre que ostentan y del que tanto se envanecen los innovadores y reformistas de hoy, á pesar de sus alardes de originalidad en todo.

Pero el Renacimiento, en vez de *romper moldes arcaicos* como pretende romperlos ahora — de boquilla nada más — el modernismo *actual*, cuyo mayor pecado...., acaso su único pecado, es la soberbia, los aceptaba y estudiaba con amoroso anhelo y de ellos dedujo nuevos cánones para sus manifestaciones artísticas. Y no estará de más el apuntar ahora, por ser muy conveniente á nuestro tema el recordarlo, que la idea fundamental, la *filosofía*, digámoslo así, que informara al Renacimiento fué el Libre Examen, y el Libre Examen discute, depura y hasta afirma muchas creencias idealistas....; no es una *negación* absoluta y sistemática; no es, en fin, el Ateísmo que hoy impera en todo, pues — fuerza es decirlo con sinceridad y sin hipocresías — nuestra civilización es atea, y claro es que el Arte que haya de reflejarse una sociedad que en nada cree, sólo podrá inspirar en negaciones...., y las negaciones ¡ay! son la asfixia del Arte, porque el Arte verdadero fué siempre *afirmación* y así seguirá siéndolo eternamente, á menos de perder la substancialidad de su ser, esto es, dejando de ser Arte....

—¡Alto ahí, alto ahí, señor filósofo, y no se remonte tanto, pues le veo ya en peligro de despeñarse!.... ¿Qué mayor *afirmación* quiere usted para fundamento del Arte que la copia exacta, exactísima.... y hasta grosera á veces — con perdón sea dicho — de la Naturaleza, que es á lo que aspira siempre y logra realizar de cuando en cuando con singular acierto el modernismo.... *moderno*? ¿Acaso no es bastante motivo para la obra artística la propia y tangible realidad?....

—No, amigo mío, no es bastante; porque la realidad no es más que materia bruta y el Arte es algo que está muy por encima de la brutal materia: ¿Dónde está el *módulo natural* del Partenón?... ¿Acaso aquellas piedras son remedo y copia servil de otras idénticas que por casualidad hallara el artista á su paso en algún rincón de la Naturaleza?....

¡Error trascendental el de creer que el Arte no tenga otra misión que la de copiar estrictamente la realidad de las cosas!.... Y quédese esto aquí, pues el comen-

tarlo nos llevaría demasiado lejos; pero conste, amigo mío, que cuanto llevo dicho del Arte en general tiene perfecta aplicación á la Literatura, no sólo por ser arte también, sino porque ella influye de tal modo sobre sus hermanas, las otras artes, que en rigor se la debe considerar cual norma y guía de todas.

La misma carencia de idealismo que se nota en el Arte se distingue claramente, como no puede menos de suceder, en la literatura *modernista*, y esa es la causa principal de sus vacilaciones, de sus extrarvíos, de su desorientación, en fin, y de su falta absoluta de carácter determinado. Falta, en verdad, de la que no se la debe hacer responsable, porque no es suya, es de su época, de nuestra época, mejor dicho, pues si no todos, la mayor parte de los hombres adolecemos ahora del mismo incoloro eclecticismo, por estar de él saturado hasta el ambiente que nos rodea.

Así se comprende que haya hoy casi tantas sectas literarias como afamados literatos de la *nueva escuela* hayen el mundo....: «psicologistas», «sensualistas», «decadentistas», y qué sé yo cuántos *ismos* más, á los que hay que agregar los innumerables *ismos*, de los que verdaderamente se pierde ya la cuenta....: «naturalismo», «impresionismo», «simbolismo», «estetismo», etcétera, etc.; y después de todo y en substancia...., nada *nuevo* ni *original*, pues de todas esas quisicosas, y en idéntica ó muy parecida forma, está plagada la Literatura de todos los períodos de decadencia ó de transición, como lo es, sin duda, el que atravesamos en la actualidad y que adolece de ambas cosas....; por eso la dolencia se complica y es más grave.

—La verdad es que, si no por el sentido, por su rimbombancia, todos esos terminachos y palabrejas enrevesadas que trae usted á colación, más bien parecen cosa de Terapéutica que de Literatura, y lenguaje más propio de galenos que de literatos....

—Me parece atinadísima la observación y la hago mía, si usted me lo permite, pues viene ahora como de molde al caso de que tratamos y que — usted lo ha dicho — no es más que un *caso* patológico, pues, bien mirado, el *pseudo-modernismo* á que ahora aludo, que, como usted observará, no es el modernismo literario propiamente dicho, y al que nos hemos referido hasta aquí, sino el de que alardean los poetas de *repetición* y los prosistas *enrevesados*, que, ante todo y sobre todo, es verdadera enfermedad del intelecto, ávido de originalidad á todo trance.... Es la fiebre de la impotencia, que se esfuerza en vano por ser fecunda sin tener facultades creadoras, y brota entonces el *mal gusto* á modo de erupción infecciosa en la Literatura y en el Arte, cuando éstos enferman por empacho de intelectualismo trascendental.... y *tal*.... ¿Qué tal? ¿Me doy buena maña para definir y frasear á la moderna?... ¡Tentado estoy de pasarme al enemigo!....

—Y yo le aseguro, si tal hace, al ver sus felices disposiciones, que en breve plazo hasta podrá usted abrir cátedra de modernismo....

—No lo diga usted en *chunga*, amigo mío, pues el caso no sería nuevo, que ya la abrió en Madrid, años há, el mayor de los pseudomodernistas conocidos, que se adelantó á su época, D. José González Estrada, poeta *laberíntico*, como él se titulaba.... Véase la clase de sus *admirables composiciones*:

“Lira y aprieto	“La poesía
De sonsonete	Del <i>Pistón</i>
Con clarinete	Y acordeón
Y desconcierto.”	Con armonía.”

.... *El Pistón* era un periódico *laberíntico* que publicaba el gran D. José para *recreo* y *enseñanza* de sus discípulos y admiradores.... Así lo aseguraba el *maestro*.

—¿De modo que ni aun la idea de *abrir cátedra de modernismo* nos resulta moderna?....

—¡Ni aun esa idea, amigo mío, ni aun esa!.... No hay más remedio que repetir con *El Eclesiastés*:
“Nada hay nuevo debajo del Sol.”

MANUEL HUERTA Y PORTERO.